



# Los Argumentos Malvados

*Por qué disfrutar todas las cosas malas, egoístas y malvadas*

Por Alan Arias

## ÍNDICE

Introducción: Eres malo pero lo estás haciendo bien.

Parte 1:

El caso contra todas las cosas buenas (por qué no ser bueno)

1. El caso contra la empatía
2. El caso contra la justicia
3. El caso contra el amor universal

Parte 2:

La defensa de todas las cosas egoístas (por qué ser egoísta)

1. El caso a favor del amor egoísta
2. El caso a favor de la soledad
3. El caso a favor de la conciencia individual

Parte 3:

La defensa de todas las cosas malvadas (por qué ser malvado)

1. La defensa del mal necesario
2. La defensa de la venganza
3. La defensa del mal puro (o el mal por el mal mismo)

Conclusión: Sobre la libertad

Epílogo: Carta a aquellos sin amor

## INTRODUCCIÓN:

### ERES MALO PERO LO ESTÁS HACIENDO BIEN

Para cualquier persona es de *buen* sentido común que las cosas buenas como la empatía, la justicia, o el amor y buena voluntad hacia todos los seres vivientes son cosas *incuestionablemente buenas*. De la misma manera, todas las cosas *malas* como estar solo, ser egoísta, amar selectivamente, tomar venganza o torturar a otros son cosas *incuestionablemente malas*. ¿Qué clase de persona podría pensar de otra manera?

Te prometo que tú lo has hecho en algún momento, y cuando hayas terminado de leer este libro, no solo crearás conmigo esta idea tan malvada, sino que te habrás aceptado finalmente como una ¡*jorgullosa y felizmente mala persona!* Y para ello, no necesitaré citar a ningún filósofo o autoridad, sino meramente a tu propia experiencia de vida, en algunos momentos a tu imaginación, y en todos a esa repulsión natural que tenemos los humanos ante todas las cosas enfermas y podridas.

Solo te contaré ahorita en la introducción, como chisme, que esta idea tan malvada, i.e. que es más noble *disfrutar* la vida que ser virtuoso, no la inventé ni la descubrí yo, desafortunadamente. Si te interesa, este era originalmente el buen sentido común entre la aristocracia griega. Se convirtió en una idea malvada bajo el virtuosísimo Platón, fue recuperada por el noble Aristóteles, luego por los nobles romanos. De nuevo se convirtió en una idea malvada cuando Jesús exportó su propia marca de judaísmo al resto del mundo, solo para ser de nuevo rescatada arqueológicamente de entre los escombros de los griegos por nuestro romántico y solitario amigo Nietzsche.

Desafortunadamente el romanticismo no pegó tanto como hubiésemos deseado, y secuestrados como estamos ahorita, por el catolicismo conservador de un lado y la cultura de la cancelación postmoderna del otro, no hay ninguna señal de que esta idea jamás vaya a regresar.

La idea es: *lo estás haciendo bien*. Que el mundo se esté acabando no es tu culpa, responsabilidad o gran misión. *Nada* lo es, ni siquiera tu propia *felicidad*, aunque eso te digan tus gurús y coaches de vida. Cuenta tus pocos momentos y fuentes no merecidas de gozo en la vida y considérate suertudo. No eres un espíritu sacrificial o mesías platónico-cristiano-woke. ¡Eres un *animal vivo y de carne y hueso*, con instintos involuntarios y placeres naturales! Permite que el mundo sea como es, pero más importante, ¡*permítete a ti ser quien realmente eres!*

## PARTE I:

### El caso contra todas las cosas buenas

#### *El caso contra la empatía*

Parece que sería bueno terminar todos los malentendidos y desacuerdos, que es lo que la empatía nos promete. ¿Pero qué clase de empatía es esta realmente?

Hay un tipo de empatía que es involuntaria, una adaptación natural que desarrollamos los humanos hace millones de años para sobrevivir, y *para bien*, se dice, ya que este es el pegamento que une a nuestra especie, y nos permite entender las emociones de los otros. Sin embargo, esta empatía involuntaria que sienten, por ejemplo, la mayoría de los padres por sus hijos, los motiva a asesinar animales para alimentar a su bebé, a competir por recursos con otras familias, y en tiempos modernos a declarar la guerra médica a virus y bacterias. Por lo tanto, la empatía como un fenómeno involuntario, es *altamente selectiva*, gracias a la evolución, y por lo tanto puede justificar guerras y violencia hacia otros, lo cual contradice a la empatía como una herramienta de entendimiento universal.

Por eso también se defiende otro tipo de empatía, no como un instinto, sino como un ejercicio voluntario de la conciencia, una elección moral positiva. Sin embargo, durante este ejercicio, uno debe imaginar las emociones de los demás, en lugar de intuirlos instintivamente. Esta emoción imaginada se siente muy diferente a una intuita naturalmente, razón por la cual cuando alguien dice "Entiendo cómo te sientes" y simplemente lo está imaginando, a menudo se lo considera poco sincero y se lo etiqueta como el enfermizo hermano menor de la empatía: *lástima*. Esta es la razón por la que a menudo las personas no desean la lástima de los demás y la ven como una causa más abstracta de sufrimiento, deshonra o vergüenza. Y si en lugar de empatía hablamos exclusivamente de empatía hacia el que sufre, entonces hacemos del sufrimiento una virtud, animando a otros a imaginarlo o intentar experimentarlo, algo que sólo desearían las personas que nunca han sufrido. Por lo tanto, fomentar la empatía voluntaria es intentar forzar una empatía no sincera y causar más sufrimiento a quienes ya sufren o a quienes nunca han sufrido.

Por tanto, ambos tipos de empatía, la involuntaria y la voluntaria, causan daño; la involuntaria causa daño a aquellos con quienes no se siente empatía, y la voluntaria causa daño a aquellos con quienes se siente empatía.

La única forma en que podríamos lograr que se sienta una empatía involuntaria y sincera hacia todos en una sociedad o entorno, sería lograr que las emociones se sintieran colectivamente, y no individualmente, como en una misa o en un concierto donde todos cantan en voz en unísono. Sin embargo, lograr (a través de la fuerza, la cultura o la tecnología) que toda la sociedad experimente todas las emociones al unísono en aras de la comprensión mutua, haría que las emociones individuales desaparecieran.

¿Queremos vivir en una sociedad así? Quizás los malentendidos, los desacuerdos y la soledad en la que nos arrojan nuestro lenguaje y nuestra sociedad actualmente defectuosos sean una parte vital de ser un individuo

sano, con su propia experiencia y perspectiva subjetiva. Quizás la empatía sea más un bien socialmente necesario, o una máscara de cordialidad, que algo que se pueda realmente disfrutar.

### *El caso contra la justicia*

Por eso los filósofos modernos como Kant o Hobbes defienden que, si no la empatía, sólo la amabilidad y la responsabilidad pueden, o deben, orientar nuestras acciones hacia una sociedad más pacífica y justa. Para ello no se debe sentir ni fingir empatía hacia los demás, sino simplemente actuar en consecuencia, como si las experiencias de los demás fueran igualmente importantes, aunque no se sientan así. Este parece ser el papel de la ley y el gobierno modernos hobbesianos: no forzar la empatía o moldear las emociones, sino imponer la bondad, la justicia y la responsabilidad, a través de la *fuerza*. Ésta también parece ser la personalidad del moderno ciudadano kantiano ilustrado o woke, que sin necesidad de fuerza ofrece y fomenta un comportamiento civilizado y obediente a sus conciudadanos.

Sin embargo, la amabilidad y el servicio ofrecidos por el gobierno, sus burócratas o sus ciudadanos obedientes, al no ser un instinto natural sino un ejercicio voluntario, carece de la natural alegría que uno siente cuando es amable con un ser querido. La justicia y la civilidad son un mal triste y necesario, un medio para la paz y la supervivencia, que ha surgido para dar cabida a grandes poblaciones de humanos que no pueden llegar a conocerse, empatizar o amarse unos a otros en cantidades tan grandes y antinaturales.

Siendo así, siempre será insuficiente en cualquier sociedad para alcanzar su objetivo: eliminar el crimen. De hecho, la población criminal y marginada suele resentir el fuerte martillo de la ley, lo que genera más delincuencia desorganizada o, en el peor de los casos, corrupción exitosamente organizada.

La prisión, la única solución supuestamente amable para el crimen, es la encarnación de la tristeza y la contradicción que necesariamente surgen cuando uno tiene que ser amable con todos: uno debe ser amable con los asesinos, los violadores y personas peores.

Por lo tanto, la bondad y la justicia, al ser actitudes necesarias y tristes, no contribuyen a una sociedad más compasiva, amorosa o feliz. En lugar de ello, intentan, debo agregar que la mayoría de las veces sin éxito, identificar a los individuos desagradables, la enfermedad de la sociedad, por así decirlo, y excluirlos de la sociedad de la manera más amable posible.

Uno sólo puede preguntarse si poner a los seres humanos fuera de la vista y de la mente, como sacar a la basura, ¿es realmente algo amable o justo para ellos? Si estamos en eso, ¿no sería tal vez mejor para ellos sacarlos de su miseria? ¿Vivimos realmente en una sociedad pacífica o simplemente vivimos en la mitad pacífica de ella? Quizás sea imposible para los seres humanos no excluir a otros de sus grupos. Quizás la bondad no sea más que una conveniencia social ejercida dentro un grupo, y la justicia sólo su máscara de exclusión.

Sin embargo, tal vez excluir a personas de nuestros grupos sea un ejercicio vital y saludable para que los grupos conservemos nuestra identidad o forma de vida, y esto no tiene por qué disfrazarse engañosamente de justicia o equidad, pues es una guerra. Quizás nos sentimos más cómodos perteneciendo a pequeños grupos identificables, y no a naciones o corporaciones, como quisiera Hobbes, y mucho menos a una especie o a toda la vida como Kant.

### *El caso contra el amor universal*

El problema, o al menos eso han dicho desde el comienzo mismo de la sociedad los profetas religiosos, los predicadores y los individuos espirituales, es que cuando sentimos lástima por los demás, o cuando sólo somos obedientemente amables, no *amamos* a los demás. Cuando amamos de verdad a alguien, empatizamos naturalmente con él y él no siente que esta empatía sea poco sincera o sea lástima. Cuando amamos verdaderamente a alguien, nos alegrará actuar con amabilidad hacia esa persona y nunca intentaremos excluirla, ni amablemente. En consecuencia, estos individuos especialmente iluminados empatizarán con todos y ofrecerán su amor tanto a los pederastas como a los niños.

Sin embargo, es justo preguntarse si tal experiencia es universalmente posible, ya que parece que la mayoría de la gente no la experimenta. Por lo tanto, o es una experiencia involuntaria, y sólo unos pocos afortunados logran trascender a través de ella, o es una experiencia voluntaria, y todos podemos elegir libremente experimentarla, incluso si no lo hacemos porque somos ignorantes o egoístas. Si es involuntario, entonces no tiene sentido discutirlo moralmente, porque la moral trata sólo de elecciones libres.

Si el amor universal es una emoción voluntaria, entonces debe sentirse diferente a la experiencia del amor involuntario e instintivo; de lo contrario, quienes experimentan ambos tipos de amor no podrían distinguirlos y el amor voluntario se convertiría en algo involuntario y moralmente trivial.

Si se siente diferente al amor involuntario, entonces debe ser un grado o intensidad de amor diferente; de lo contrario, no sería amor, y los predicadores de antaño estarían haciendo pasar engañosamente otra emoción como amor, lo cual es impensable, porque estas son personas honestas.

Si es otra intensidad de amor, entonces debe ser una intensidad de amor más alta, de lo contrario los predicadores estarían motivando a la gente a sentir menos amor cuando predicaban el amor voluntario, y los predicadores sólo quieren que se experimente más amor. Además, si el amor universal voluntario se siente como una mayor intensidad de amor, entonces eso explicaría por qué aquellos que afirman sentirlo son famosos por su capacidad de sacrificio.

Sin embargo, si es universalmente accesible y se siente más intenso, uno puede preguntarse por qué la mayoría de la gente no lo practica. Se dirá que no es fácil de lograr y requiere tiempo de estudio y práctica en una religión, una doctrina espiritual o un tratamiento de salud mental. Sin embargo, si no es fácil de lograr, entonces no es enteramente voluntario y en parte es involuntario.

Por lo tanto, sólo se logrará completamente por aquellos dotados involuntariamente de una plena capacidad de amar voluntariamente. Para el resto de nosotros, el amor voluntario no debe venderse ni publicitarse como una responsabilidad, sino simplemente como una oportunidad desafiante que podemos aprovechar si deseamos sentir más amor o vivir una vida más feliz. Sin embargo, si este camino resulta demasiado difícil o poco gratificante para alguien, como le ha ocurrido a la mayoría de las especies y los humanos en la historia natural, no se les puede culpar, pues su voluntad sólo podía amar *tanto*.

Por lo tanto, el amor universal voluntario, aunque quizás sea una experiencia de amor más intensa, es una meta inalcanzable para muchos y un privilegio de pocos individuos dotados. Para que sea el más valioso o ideal más elevado habríamos de excluir a la mayoría de las criaturas vivientes del acceso al valor de la vida, convirtiendo su vida en un medio para generar individuos virtuosos dotados, como si fueran una especie de deidad. Sin embargo, para desear esto sería necesario amar a los superdotados más que al resto de los seres vivos, y esto a su vez iría en contra del amor universal.

O tal vez, el amor universal es simplemente una poderosa obra de ficción utilizada por las religiones que lo intercambian en la sociedad por el amor de individuos reales, para emplear sus cuerpos y voces en la tarea de reclutar cada vez más individuos para su grupo. Quizás el amor sólo pueda ser involuntario y selectivo para ser una experiencia gozosa, una experiencia universalmente valiosa, y no un proceso forzado o difícil. Quizás entonces, fomentar el amor universal o el amor voluntario sea disminuir el valor del amor mismo. Quizás, el amor de una persona que elige amar a todos por igual vale menos que el amor de alguien que simplemente no puede evitar amarnos.

## PARTE II: EL CASO A FAVOR DE TODAS LAS COSAS EGOÍSTAS

### *El caso a favor del amor egoísta*

Ser amado es algo valioso. Esto se debe a que no podemos elegir ser amado. Cuando ocurre, sucede sin nuestro control. Cuando no es así, es absolutamente imposible. En este sentido, es un acto de la naturaleza, un milagro, algo que atesorar. Si no fuera por esto, si pudiéramos ordenar a los demás que nos amasen, no sería algo tan valioso ser amados.

Del mismo modo, amar a alguien es una experiencia valiosa, sólo si no podemos evitar amarle. Porque no nos produce tanta alegría pasar tiempo con alguien a quien elegimos amar por lástima, como pasar tiempo con alguien a quien no hemos elegido amar y, sin embargo, amamos, como nuestra familia, amigos cercanos o pareja.

Esto se debe al hecho de que el amor involuntario es escaso, como un recurso natural, mientras que el amor voluntario no lo es, como una moneda de cambio. El amor voluntario no necesita más que un pensamiento, una buena voluntad, una palabra, mientras que el amor involuntario necesita tiempo, y una gran colección de circunstancias correctas para desarrollarse de forma natural.

Además, una vez que se ha desarrollado el amor involuntario, es casi imposible eliminarlo, lo que a menudo es la razón por la que el desamor, o peor aún, la pérdida de un ser querido, es la experiencia más devastadora que un ser humano puede soportar. Esto hace que el amor involuntario sea increíblemente más confiable que el amor voluntario.

Y finalmente, el tipo de amor involuntario es el más valioso porque es el que más disfruta el yo individual. Cuando se recibe, adorna y mimosa al ego, haciéndolo sentir validado y valioso. Esto es algo que el tan predicado amor propio nunca podrá hacer, pues nuestra psicología social requiere involuntariamente que nos sintamos validados sólo de esta forma a través de el otro.

Asimismo, cuando se siente amor involuntario hacia otro, es motivo de felicidad propia ver al otro feliz y validado. El amor voluntario, por otro lado, a menudo se da en una actitud de sacrificio obediente o de autonegación, lo que en realidad no es lo más divertido, y a menudo se recibe con modestia y humildad, lo cual no es exactamente constructivo para la autoestima de un individuo.

Esto se debe a que el amor involuntario ocurre sólo hacia personas concretas, individuos, mientras que el amor voluntario es el amor hacia el amor mismo, ocurriendo siempre entre y hacia grupos como idea o abstracción. Esto hace que el amor natural involuntario sea mucho más escaso, confiable, alegre y, nos atrevemos a decir, genuino. Es del valor de este amor real que el amor voluntario obtiene su propio valor, para vender una versión más barata y de fácil acceso, de la misma experiencia.

Para que el amor conserve algún valor, no debemos buscarlo activamente, sino simplemente permitir que suceda, como el maravilloso y misterioso fenómeno natural que es. Para mantener valioso nuestro amor hacia los demás, no debemos elegirlo conscientemente, sino simplemente reconocerlo hasta que no se pueda evitar.

A esto se le llamará una clase de amor egoísta, y con razón. Este amor se mantiene en el nivel mínimo más saludable para el individuo, incluso si no es tan saludable para el resto de la sociedad. Que el amor es escaso, y por tanto valioso, sólo beneficia a los individuos que lo poseen de forma natural. ¡Permitámonos entonces que nuestro amor sea involuntario, escaso, alegre y egoísta, antes de que lo dejemos perder su valor!

### *El caso a favor de estar solo*

Se suele decir que la sociedad es necesaria para la felicidad individual. Esto tendría sentido, considerando que ser amado, o amar, es algo valioso y alegre. Sin embargo, ¿no podría ser también que estar solo sea algo valioso y alegre?

Quienes nos aman tenderán a compartir nuestro dolor y alegría, sin embargo, esto no es una necesidad y puede a veces no suceder. Por ejemplo, cuando perdemos a un ser querido y sufrimos un dolor grave, no todos los que nos aman pueden entender realmente cómo nos sentimos. En un momento así, solamente estar a solas puede significar estar con alguien que realmente comprenda cómo nos sentimos. En un momento así parecería que más que el amor, o la alegría, lo que verdaderamente valoramos en el amor es su genuina comprensión.

Sin embargo, un entendimiento completamente genuino entre dos personas es simplemente imposible. Incluso la empatía más auténtica entre dos personas que se aman involuntariamente, no igualará las experiencias individuales de ambos, y siempre estará presente una diferencia en perspectiva, grado y matiz de emoción. Es por eso que incluso las parejas pelean, las familias se vuelven tóxicas y todos tenemos que comprometernos voluntariamente y trabajar incluso en nuestras relaciones amorosas involuntarias. Al fin y al cabo, la única persona que alguna vez tendrá la oportunidad de comprendernos completamente, de forma involuntaria, es nuestro propio yo.

Somos criados y entrenados para convivir con otros, comprender señales sociales, leer, escribir, discutir, competir y, lo más importante, para juzgar el comportamiento y las emociones más probables de los demás. Desde el principio se nos dice que comprender a los demás es la capacidad más importante que podemos tener y, a la inversa, la base de cómo seremos comprendidos o juzgados en la sociedad. Cuando esto no lo imponen los profesores que nos exigen que entendamos a Shakespeare para salir adelante, lo hacen los bullies que nos exigen que comprendamos su sarcasmo para salir adelante. Aquellos que tienen problemas

psicológicos para comprender la alta cultura enseñada en clase son excluidos del sistema de calificaciones, mientras que aquellos que tienen problemas psicológicos para comprender la baja cultura son excluidos por sus compañeros. Los niños restantes, capaces de comprender ambas culturas, a menudo estarán tan inmersos en la sociedad que tendrán suerte si logran alguna vez experimentar estar solo.

Sin embargo, uno no puede evitar preguntarse si este constante adivinar e interpretar el lenguaje y el comportamiento de los demás, y luego señalar correcta y persuasivamente nuestro propio comportamiento y personalidad, si es que ¿algo de esto alguna vez es lo más mínimo cansado? ¿Es realmente total e involuntariamente necesaria toda la sociedad que ahora resuena por todas partes a nuestro alrededor? ¿Sigue siendo tan vital para nuestra supervivencia como lo era cuando cazábamos en grupos? ¿O simplemente hemos sido condicionados voluntariamente a creer que así es desde que nacemos, por costumbre o tradición?

Si tanta sociedad fuera una experiencia natural e involuntariamente alegre, entonces la soledad sería una experiencia igualmente involuntaria y triste. Sin embargo, todos los seres humanos parecen disfrutar de la privacidad y la intimidad hasta cierto punto, y parecen disfrutarlas cada vez más cuando van acompañadas del poder, la edad o la verdadera sabiduría. Esto se debe a que sólo el yo privado, sin adornos, despreocupado e involuntario es el reflejo más honesto y libre de quiénes somos, y quien nos sentimos cómodos de compartir sólo con las personas que más amamos y que sabemos que nos aman.

Sin embargo, aquellos que rara vez están solos, que han tenido éxito en pasar por la vida siempre de una identidad, apariencia o agenda voluntaria a otra, tendrán muy poca idea de quién es su yo desnudo, genuino e involuntario. Estos individuos se sentirán más incómodos cuando experimenten emociones involuntarias que no se pueden comunicar fácil o positivamente, o cuando desafortunadamente se encuentren en una situación en la que deban estar solos con sus propios pensamientos involuntarios. Tales emociones y pensamientos serán rápidamente reprimidos voluntariamente, y con ellos cualquier posibilidad de expresar su individualidad.

Por lo tanto, estar felizmente solo es simplemente ser feliz como individuo. Es aceptar y sentirse cómodo dentro de las limitaciones del lenguaje y de la comprensión social. Es poder compartir un silencio cómodo, estar en desacuerdo amablemente con alguien, o no entender algo, sin sentirse arrojado al olvido social, sino simplemente ser arrojado a un momento con uno mismo.

Por lo tanto, para mantener la identidad de nuestro propio yo individual, debemos disponerle espacios o momentos donde pueda pensar o sentir involuntariamente, sin las señales e interpretaciones sociales conscientes o voluntarias que vienen con la sociedad o incluso con la compañía de los seres queridos. Para la mayoría de las personas, esto requerirá un espacio o momento físicamente privado, una habitación específica de la casa, una noche en casa, una noche de fiesta, o una corta caminata desde el estacionamiento hasta la oficina. Sin embargo, para aquellos que sean capaces de hundirse más cómodamente en su propia piel, esa alegre soledad, esa dulce intimidad con uno mismo estará disponible en cualquier lugar y en cualquier momento. Ábrete, digo entonces, a estar solo incluso en compañía de otros, y nunca más te volverás sentir solo adonde vayas.

### *El caso a favor de la experiencia individual*

A partir de ahora, la experiencia individual parece para la mayoría de las personas una condición biológica o existencial necesaria. Por lo tanto, argumentar a favor o en contra parece igualmente trivial. Sin embargo, para los individuos religiosos, espirituales y otros altamente imaginativos, la experiencia individual es simplemente una forma espiritual o estado mental muy limitado y pobre, entre muchos.

Todos los mitos hablan de un cielo, reino o entidad donde la conciencia no tiene límites en tiempo, profundidad o identidad, y la idea de estar solo o ser alguien en particular no tiene sentido. Hasta ahora, este ideal se ha puesto en práctica en nuestra cultura en forma de amor universal, bondad civil o empatía hacia los que sufren, esfuerzos que afortunadamente no han sido muy exitosos. Hasta ahora, la única tecnología a disposición de las religiones en su esfuerzo por absorber a todos los individuos bajo una mente o espíritu uniforme e igual ha sido el lenguaje, es decir: cuento, poesía, retórica, argumentación y arte.

Una tecnología tan sofisticada como la de nuestro lenguaje es un desarrollo relativamente reciente y joven en la historia natural, al menos en la línea de tiempo de la evolución de los mamíferos que tiene millones de años de antigüedad. Por lo tanto, pareciera al menos posible, sino probable, que una tecnología surgiera, dado el tiempo suficiente, que fuera más capaz de igualar o aproximar las experiencias o emociones de dos personas, o dos seres vivos. Una tecnología así sería incluso útil para aquellos que practicaran sólo el amor egoísta e involuntario, como un medio para comprender mejor o ser comprendidos por aquellos a quienes ya aman y así resolver conflictos o ser más comprensivos en tiempos de crisis.

En manos de una religión, o tal vez incluso de algo tan inocente pero igualmente pastoril como un equipo de fútbol, esta tecnología podría venderse como un billete de ida hacia la comunión, la comprensión, la pertenencia o la trascendencia a una sola mente, y emplearse así para pastorear la biomasa de una población como su propio cuerpo. Los ideales y las abstracciones, que habían sido creados originalmente por individuos, podrían regresar y convertirse en organismos reales, encarnados, en forma de mentes-colmena sociales. En manos de un administrador de recursos humanos, podría ser una herramienta útil para reclutar o alinear empleados dentro de los valores de la empresa. En manos de un sistema de justicia, podría ser el medio perfecto para la reinserción social de los delincuentes.

Por todas partes, los malentendidos y la diversidad podrían comenzar a desvanecerse con el pensamiento o la emoción individual, y cuando finalmente surgiera el santo grial, una tecnología que permitiera que la conciencia misma se uniera con otra, las masas formarían la línea más organizada jamás vista para sacrificar por fin su experiencia individual en beneficio de un bien mayor. ¿Tú harías cola?

Si una tecnología de este tipo alguna vez tomara por asalto nuestra sociedad, no tengan ninguna duda de que seguirían existiendo individuos a los que habría que obligarles a renunciar a su experiencia individual. Probablemente, los más poderosos serían los que agruparían a la mayoría de las personas bajo marcas o ideidades que les pertenecieran y a las que ellos mismos nunca se unirían. ¿Pero por qué no?

No caminarían voluntariamente hacia la muerte simplemente porque serían individuos sanos, felices y afortunados, suficientemente satisfechos con su experiencia individual actual. Como siempre, los más afectados por la tormenta, los más fáciles de arrear, serían los enfermos, los desafortunados, los pobres y los que sufren. Lo cual, curiosamente, ya es el grupo demográfico con el que las religiones y los candidatos políticos tienen mayor relación, aquellas personas que se sienten más poderosas como un grupo que como individuos, las más débiles.

Sin embargo, aprovecharse de estas personas y atraerlas a una experiencia de amor y felicidad accesible a cambio de sus conciencias probablemente no sea en sí misma una experiencia gozosa. Será un modelo de negocio o una estrategia política. Sin embargo, conllevará la suposición de que algunas, o la mayoría de las personas, son más valiosas como parte de un grupo que como individuos. Si no se permite que esto se extienda a todos los individuos, simplemente disparará el valor de los pocos y muy escasos que quedan. Pero si sus dueños le permiten crecer sin control, absorbiendo a todos, finalmente todos seremos iguales, y el orgullo o el amor individual se marchitarán con el lenguaje que los engendró.

Si usted es uno de los jugadores poderosos, tenga cuidado, le digo, de no consumir su propio suministro. Y si no es así, tenga aún más cuidado de perder su experiencia individual a la fantasía de los pobres y los miserables.

### PARTE III: EL CASO A FAVOR DE TODO EL MAL

#### *Introducción*

Hasta ahora hemos establecido que lo más alegre, natural e involuntario es ser una mente individual, que disfruta de su soledad y del amor de las pocas personas a las que no puede evitar amar, libre de las abstracciones y ficciones del amor universal, la justicia, o la empatía. Sin embargo, aún no hemos explorado qué es más alegre sobre esto, en sí mismo, sino sólo en negación o contraste con el amante universal antinatural, voluntario y abnegado. Lo que más se disfruta de ser un individuo egoísta, en sí mismo, es cometer acciones malvadas.

Es en la perpetración del mal, por ejemplo en el mal de engañar a los débiles y a los que sufren para que entreguen su voluntad, creencias y emociones a un dios, un estado, o una marca, es al hacerlo que la humanidad se convierte en el más interesante animal. ¿Por qué el mal está siempre tan inextricablemente presente en nuestra historia? ¿Tendría que ser tan prohibido si no fuera una experiencia naturalmente disfrutable? ¿Por qué algo tan malo resulta tan omnipresente y atractivo?

Sin embargo, no todas las formas de maldad serán igualmente interesantes o alegres. Como veremos, existen tres etapas del mal, el mal involuntario, el mal vengativo y finalmente el mal puro, que es el tipo más divertido. Como veremos ahora, cada uno de ellos exigirá su propio argumento, así como su propio nivel de disfrute.

#### *El caso a favor del mal involuntario*

Todos hemos hecho, y volveríamos a hacer, cosas que, accidentalmente son hirientes o injustas para alguien, incluso si no era nuestra intención. Este es el tipo de mal más bajo, más común y a veces incluso inocente que se puede cometer. A menudo también es el más triste, y amable de los males, por lo que a menudo se le llama “mal necesario”. Sin embargo, hay tantas veces en las que las consecuencias deseadas, son tan alegres, que nosotros, como especie, no podemos en conciencia negar que disfrutamos cometerlo.

En primer lugar está el genocidio de bacterias y virus que perpetra todos los días la comunidad médica, y que se ha intentado en el pasado con menos éxito mediante métodos más antiguos o primitivos. Este nos proporciona una buena salud, que todos disfrutamos o deseamos disfrutar. Sin embargo, difícilmente se puede ver al médico como un malhechor, porque estamos tan acostumbrados a esta guerra milenaria nuestra con los microorganismos que absolutamente nadie los ve como seres vivos o sujetos morales.

Otro ejemplo es la matanza masiva de animales vertebrados y mariscos invertebrados perpetrada para el consumo humano. Como es mucho más fácil imaginar el sufrimiento de estas criaturas, algunas personas han comenzado a reconocer el aspecto maligno de comer carne. Sin embargo, a menos que estos veganos o vegetarianos tengan acceso privilegiado a una variedad saludable e igualmente estimulante de alimentos artificiales, toda la experiencia de no comer carne resulta no ser un asunto muy disfrutable. Por eso, a la mayoría de nosotros nos gusta comer todo tipo de productos animales, aunque no nos guste sacrificarlos, y por eso delegamos esta tarea en la mano del carnicero, capaz de hacer lo que sea necesario.

Lo mismo puede decirse del sistema penitenciario, de la coerción, de las armas o de la guerra en general, todos ellos males necesarios en nuestra paradójica búsqueda de una paz placentera. Dependerá simplemente del tipo específico de sociedad pacífica que se persiga si lo llamamos genocidio, holocausto o simplemente una defensa justa.

Sin embargo, ser capaz de hacer cosas que no deseamos para lograr algo que sí deseamos es simplemente útil, sino vital. Si sólo se nos permitiera hacer las cosas que expresamente queremos hacer, sin los medios para lograrlas, si no pudiéramos mover un solo pie para no raspar y matar un solo microorganismo, estaríamos paralizados frente a un mundo que no está perfectamente hecho para adaptarse a nosotros. Sólo estar vivo, y respirar, es quitarle espacio, oxígeno y recursos a otros seres vivos. Por lo tanto, el mal involuntario es la condición de nuestra existencia, y la medida en que lo usemos será simplemente la medida de nuestro poder y alegría.

Necesitaríamos diseñar un mundo perfecto, sin escasez de recursos ni competencia, para acabar con el mal involuntario que los seres vivos perpetran cada día. Sin embargo, uno no puede evitar preguntarse si ¿un mundo así, desprovisto de selección natural, evolución o cambio, donde los depredadores no necesitan cazar y las presas no necesitan huir, no sería en sí mismo una deformación necesaria pero malvada de la naturaleza, incluso si prometiéramos que sería el último mal necesario, este mundo rehecho finalmente a imagen y semejanza de la humanidad como deidad? ¿Y no hemos comenzado ya a construirlo, pieza por pieza, sacando a nuestras familias, mascotas y ganado cada vez más del peligro, criando pollos de libre pastoreo, vistiendo pugs con suéteres y rescatando a cada bebé humano o mascota que encontramos de las garras de la selección natural? Lo más probable es que con el tiempo lo consigamos, y lo llamemos el mayor mal necesario jamás perpetrado, para así lograr una paz universal y eterna.

### *El caso a favor del mal vengativo*

Basta ya de estos males necesarios y tristes. Mientras que el amor debe ser involuntario para ser gozoso, el mal, por el contrario, debe ser voluntario para ser alegre. Sin embargo, ¿cuándo deseamos conscientemente dañar a otros? La experiencia más común y obvia del mal voluntario es la venganza.

Hemos evolucionado para identificar y eliminar amenazas a nuestra supervivencia y reproducción. Todo esto ha sido y es un mal necesario. Sin embargo, esta adaptación psicológica hereditaria nos ha otorgado involuntariamente una extraña capacidad de sentir alegría al ver a nuestros enemigos sufrir, morir o ser vencidos de cualquier forma. Esta experiencia es lo que comúnmente llamamos venganza, pero es más especialmente el instinto involuntario que nos permite gozar el sufrimiento de los demás.

Debe llegar un punto, se dirá, en el que dañar al enemigo dejará de ser placentero o gozoso y comenzaremos a sentir remordimiento. Creo que la mayoría estará de acuerdo en que ese punto parece un lugar saludable para detenerse, pero cualquier deseo involuntario de venganza que aún se acumula hasta este punto y queda insatisfecho, por involuntario que sea, no desaparecerá con el perdón voluntario, sino que más bien se pudrirá dentro del inconsciente, su hedor generando presión como un gas que espera la primera oportunidad para atacar disfrazado de algo igualmente violento, aunque socialmente aceptado, como un juicio moral o condescendencia espiritual.

El perdón se predica, ya sabemos muy bien por quién, como una emoción voluntaria destinada a contrarrestar nuestro instinto de venganza. También se predica que la venganza no es una experiencia satisfactoria y gozosa, pero quienes dicen tal cosa claramente nunca lo han experimentado, o temen confesar su verdadera experiencia. Por ejemplo, si uno siente alegría o satisfacción al ver a un asesino ser capturado y castigado, ¿sigue siendo esto un mal meramente necesario o no es también una forma de venganza gozosa? La forma en que los individuos naturalmente débiles y empobrecidos de la sociedad se agrupan bajo un dios, un ideal de bondad o cualquier otra ficción, para dominar a los individuos naturalmente fuertes y poderosos bajo una religión o una moral, ¿no es esto un acto de la venganza más sutil e inteligente? ¿No disfruta ni un poco el Papa que los líderes más poderosos del mundo se arrodillen ante él o le pidan consejo? ¿No se deleitan los débiles y sacrificados creyentes de la fe con la idea de que sus acosadores serán excluidos de la iluminación o del cielo?

Negar que estos grupos, los virtuosos y espirituales, disfrutan derrotando a sus enemigos, es negar que son humanos y que, por lo tanto, nacieron con el mismo cerebro que tú y yo. Por supuesto, su mandamiento es suprimir voluntariamente este instinto y dicha alegría, pero sólo ellos saben cuánto se esfuerzan y logran hacerlo, o si esto es posible.

Sin embargo, ¿por qué no deberían regocijarse? ¿Por qué no deberían disfrutar de su éxito final, ya sea real o ficticio, sobre sus enemigos? ¿Por qué no deberíamos hacerlo todos? Si el mal ya es necesario y desagradable en la mayoría de los casos, ¿por qué no debería al menos permitirnos algo de alegría si podemos encontrarlo? ¿No es, a todas luces, más saludable prescindir del odio y la ira rápida e instintivamente, en lugar de dejar que fermenten de forma antinatural dentro de nuestra alma, transformándose en un charco nihilista de resentimiento y desesperanza, de frustración abnegada y negadora del mundo?

No seas un individuo resentido. Véngate. Véngate constantemente y véngate rápidamente, pero lo más importante véngate con alegría. Porque sólo cuando el resentimiento profundamente arraigado se acumula a lo largo del tiempo o incluso de las generaciones, la dulce y alegre venganza entre individuos se malinterpreta y se convierte en una vergonzosa venganza y genocidio de naciones o razas enteras.

## *El caso a favor del mal puro*

Si repasamos la lista de los individuos considerados los más malvados de la historia, veremos que la mayoría de ellos, dictadores genocidas, violadores en serie y asesinos seriales, cometieron el mal como medio para lograr otro objetivo, o con espíritu de venganza. La mayoría de los delincuentes preferirían no tener que cometer delitos para obtener el dinero, el poder o el sexo que buscaban. La mayoría de los genocidas simplemente buscan un tipo personal de justicia o venganza contra un gran grupo de personas. Sin embargo, casi ninguno de ellos disfrutaba cometiendo el mal por el mal mismo. En este sentido, su tipo de maldad no es pura maldad, sino que está teñida de alguna otra meta frívola o frustración no realizada.

Mientras que el mal necesario es completamente involuntario y la venganza es parcialmente involuntaria (porque es involuntario sufrir daño primero), el mal puro debe ser completamente voluntario para ser puro.

Del mismo modo, mientras que en el mal necesario preferimos no ser conscientes del sufrimiento que causamos, y en la venganza deseamos ver e imaginar el sufrimiento que causamos, así es que debemos completamente empatizar con el sufrimiento de nuestra víctima para cometer maldad pura. De lo contrario, no experimentamos realmente el sufrimiento que causamos, y no es la experiencia del sufrimiento en sí lo que nos trae alegría, sino sólo su expresión o alguna otra consecuencia secundaria.

Sin embargo, sólo podemos empatizar total y genuinamente con aquellos a quienes amamos involuntariamente. Por lo tanto, curiosamente, sólo podemos cometer maldad pura hacia aquellos a quienes realmente amamos. Esto puede sonar extraño, pero la mayoría de nosotros, personas sanas, ya lo hacemos, y lo hacemos más de lo que nos damos cuenta, pero lo llamamos *carrilla*.

¿Por qué nos burlamos de nuestros seres queridos? ¿Por qué disfrutamos molestarlos y hacernos enojar unos a otros en broma? Las bromas suelen ser una señal saludable en las parejas, y una broma pequeña puede ser una forma de indicarle a alguien que eres amigable y que está en un espacio seguro. El acoso o bullying es diferente, ya que el agresor no siente empatía por la víctima y más bien desea vengarse de alguna injusticia social percibida, o cometer un mal necesario para ascender o afirmar una jerarquía social. Sin embargo, la carrilla solo se practica entre verdaderos amigos o seres queridos que se consideran iguales, y se hace con la única intención de celebrarse y disfrutarse mutuamente.

Uno podría preguntarse, ¿por qué en lugar de burlarnos de nuestros seres queridos no simplemente los ayudamos o apoyamos? Bueno, eso también lo hacemos, pero sólo cuando es necesario, cuando hay un problema o cuando están sufriendo. Ayudar a nuestros seres queridos es un bien necesario. Sin embargo, por alguna extraña razón, nosotros, las personas sanas, no podemos evitar ver a un ser querido plenamente contento y despreocupado, en paz y cómodo, sin desear torturarlo, sin otra razón que el completo amor y la empatía que sentimos hacia él o ella en el espíritu afable de juego y diversión, ¡que no es un bien necesario, pero un bien en sí mismo!

Incluso podríamos identificar un extraño y pequeño grado de amor y empatía involuntaria que sentimos hacia todos los seres humanos y animales en el instinto involuntario de reírnos de una persona que tropieza o

de un pájaro que se estrella contra una ventana cerrada. Esto es algo que incluso los bebés humanos hacen, y los dibujos animados de antaño solían explotar generosamente.

La venganza puede ser satisfactoria, pero nunca será tan divertida ni tan gozosa como torturar a alguien a quien amas. Por lo tanto, para cometer el tipo de mal más alegre, el mal que se comete como un fin en sí mismo, paradójicamente uno debe ser bendecido con amor primero.

Quienes lean este libro en busca de una conclusión más escandalosa dirán que el mal puro resulta ser un tipo de mal muy débil y frívolo en comparación con la gravedad y el horror que el mal necesario y vengativo es y ha sido capaz de cometer. Sin embargo, ¿quién dijo alguna vez que el mal tenía que ser serio para ser valioso? ¿De qué sirve causar tanto sufrimiento a los demás si ni siquiera podemos disfrutarlo un poquito?

¿No sería motivo de risa un individuo que se sentara a esperar que le hicieran daño para vengarse alegremente? ¿No son todos los líderes políticos que creyeron con orgullo que estaban haciendo lo correcto y necesario mientras perpetraban horrores, convencidos de que serían reverenciados a lo largo de la historia, no son estos los mayores bufones que han caminado sobre la Tierra? Al hacer del mal un asunto serio y complicado que sólo debe discutirse con delicadeza, lo convertimos en un ideal respetable y deseable para aquellos que tienen motivaciones meramente vengativas o involuntarias. Hagamos del mal algo alegre y poco serio, ¡ríámonos de él en lugar de temerle!

Práctica el mal puro, porque es el único tipo de mal que se puede disfrutar sin tomarte a ti mismo ni a los demás con demasiada seriedad.

Si el gozo y el valor de ser amado residen en ser genuinamente comprendido por otro, entonces el valor y el gozo de amar residen en comprender al otro tan bien que sepamos cuál es la mejor manera de torturarlo. Cometan entonces mal puro en cualquier parte y en todas partes que puedan, porque causar sufrimiento a quienes amamos es amar en la forma más elevada, y amar y ser amado involuntariamente es lo más valioso que podemos no-elegir hacer en esta vida.

## ARGUMENTO FINAL: SOBRE LA LIBERTAD

Como ahora debe resultar evidente, la mayoría de las cosas alegres de la vida son involuntarias. Nuestra propia psicología, enterrada como lamentablemente está debajo del lenguaje, la cultura y la moralidad, se revela como una experiencia mayoritariamente involuntaria. Si se pierde tanta felicidad y amor individuales al ir en contra de nuestras emociones, deseos y pensamientos involuntarios, parece justo preguntar si queda algún valor en la volición, el libre albedrío o la acción consciente. ¿O qué es de todos modos?

Filósofos y predicadores nos harán creer en toda suerte de cosas, entre ellas un alma espiritual, consecuencia de la desobediencia original a Dios, una facultad de acción heroica y ética, o en suma, una condición existencial o metafísica privilegiada respecto del resto de los seres vivos. Sin embargo, el libre albedrío no es más que un mal necesario, un medio para un fin, desarrollado por la vida en su intento de acumular y almacenar la mayor cantidad de energía potencial dentro de su cuerpo, y así retrasar el día en que inevitablemente se perderá nuevamente. La conciencia misma surgió simplemente como una adaptación para permitir que los animales identificaran y reaccionaran mejor ante los depredadores y las presas.

En su forma humana, es ante todo una herramienta privada, empleada para retrasar la gratificación y realizar acciones que no son inmediatamente gratificantes, sino que acumulan energía, recursos o procesos que en algún otro momento se consumirán en una experiencia que es gratificante para nuestros instintos involuntarios. Sólo como consecuencia colateral es una herramienta social, empleada para responsabilizarnos mutuamente de nuestras acciones, juzgar, culpar, asignar responsabilidades y, lo más importante, asignar trabajos.

Sin embargo, en ninguno de estos ejemplos naturales la libertad parece ser una virtud o un fin en sí mismo. Sin emociones e instintos involuntarios, el libre albedrío es completamente ciego y no tiene idea de adónde ir, qué preferir, desear, buscar o por qué trabajar. Esta es la razón por la que el cielo o la experiencia de iluminación más elevada en las religiones siempre está desprovista de deseo o contenido, y se explica sólo en los términos más vagos. En pocas palabras, sin nuestras experiencias involuntarias, una vida trascendente estaría desprovista absolutamente de todo valor, alegría o felicidad que seamos capaces de experimentar por nosotros mismos.

Así que trata de no preocuparte demasiado por dar explicaciones a los demás, o a ti mismo. Quizás incluso nunca sea inteligente buscar una explicación a las acciones de otras personas preguntándoles a ellos, y mucho menos juzgándolos. Nadie que es feliz puede ser considerado responsable de quién es, porque no puede elegir qué es lo que le hace experimentar alegría.

Lo único que somos libres de hacer es demorar nuestra felicidad de una forma u otra, para sobrevivir, o para perseguir una meta espiritual, pero nunca para ser feliz directamente, por pura voluntad, sin involucrar la experiencia egoísta y malvada de nuestros instintos innatos. Y si alguna vez existiera, porque seguramente existirán quienes afirmarán serlo, un individuo que tuviera tal control sobre sus propias emociones y felicidad como para poder experimentar alegría a voluntad, sería imposible dañarlo, o incluso ser amable con

él, porque todas y cada una de sus emociones siempre serían su propia elección, responsabilidad o culpa consciente, volviéndose a sí mismo moralmente trivial.

Sin embargo, sería justo preguntar, si en última instancia no podemos dirigir o controlar nuestra vida, ¿qué valor tiene leer o discutir filosofía moral o antimoral? No somos libres de elegir cuál será la felicidad para nosotros, pero sí somos libres de elegir qué tan cerca queremos estar de ella, o cuánto deseamos retrasarla o distanciarla de nosotros sacrificialmente, al servicio de los demás. Más que mandamientos o consejos, hay señales de felicidad que puedes utilizar para detectar qué tan saludable e involuntariamente feliz eres:

Que no disfrutes de la lástima de los demás, y no disfrutas sentir lástima por los demás

Que no disfrutes tener que amar a quienes acabas de conocer, o no conoces

Que disfrutes siendo amable con quienes amas

Que disfrutes de la compañía de las pocas personas que no puedes evitar amar

Que disfrutes estar solo

Que disfrutes teniendo una experiencia individual y experimentando tus propias emociones

Que disfrutes de tu vida, respirando, comiendo y bebiendo con alegría, a pesar de tener que dañar a otros organismos para hacerlo

Que realmente has disfrutado de ver a tus enemigos derrotados al menos una vez

Que disfrutas molestar a los que amas

Que no desees nada más que las cosas de esta lista

## EPÍLOGO: A LOS SIN AMOR

¿Qué pasa entonces, se preguntará finalmente, con los pocos desafortunados que no pueden responder afirmativamente a ninguna de estas preguntas? ¿Qué pasa con aquellos que simplemente no están bendecidos con amor, los desdichados, los deformes, los enfermos, los descartados por la sociedad o la evolución misma? ¿Quién será amable, empatizará o los amará a ellos?

Si no eres una de estas personas, no te preocupes, o deja de fingir que te preocupas y lleva tu lástima a otra parte. Por otro lado, si tú eres uno de estos pocos, escucha: no estás universalmente equivocado ni eres malo, simplemente estás biológicamente maladaptado a tu entorno actual. Si esto es algo de lo que avergonzarse, entonces que vergüenza para toda la especie humana, el único homínido o animal que ha vivido maladaptado a un paisaje urbano superpoblado y antinatural. No debes matarte ni sacrificarte por una religión. Simplemente debes ponerte en movimiento, como todos los humanos lo hacían originalmente y naturalmente, hace millones de años antes de la agricultura o la civilización.

Disfruta de tu soledad y comienza de nuevo en algún lugar que tenga una mayor demanda de seres de tu naturaleza, tal vez como en la naturaleza misma. O utiliza tu soledad y separación de la sociedad como una ventaja competitiva, dentro de la sociedad. Vive libre de moralidad y responsabilidad, sin dejar de disfrutar de los beneficios económicos y de salud que ofrece la sociedad. Y si simplemente no puedes evitar anhelar la compañía humana, porque esto también es un instinto, te aconsejaría que leyeras el *Frankenstein* de Mary Shelley, o cualquiera de los grandes clásicos románticos, y en su lugar, hazte amigo de los seres humanos más grandes y solitarios que nuestra especie ha ofrecido hasta ahora, en lugar de los mediocres inmediatamente presentes en tu sociedad.